

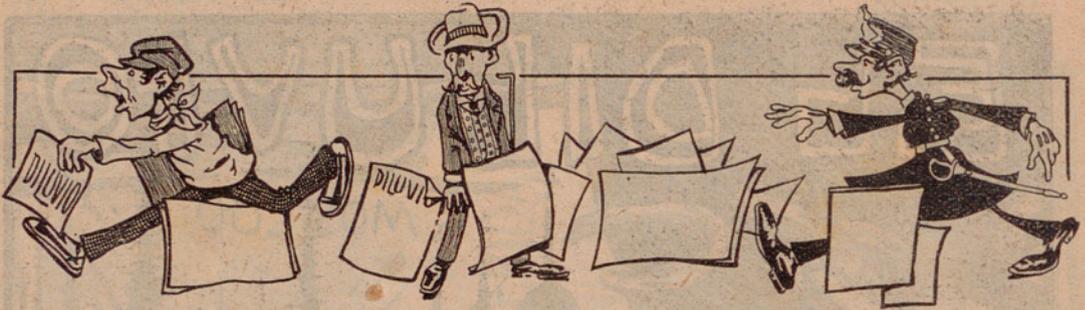


El horrible estampido de la bomba
que mató al duque Sergio

heló su sangre, y ordenó enseguida...
nuevos fusilamientos.

10 céntimos

Por la santidad de la casa, la mayoría se dá por despedida.



UN VIAJE Á RUSIA

La Historia por telégrafo

No crean ustedes que Luis Morote, mi excelente compañero de viaje, sea un hombre de imaginación prodigiosa, un novelador admirable que en el misterio del *buffet* forja apariciones de popes y nihilistas ó sostiene una íntima conversacion con la gran duquesa María Fedorovna; nada de eso: Morote es un amable mozo, con negras barbas á lo beduino, crédulo y llanote, republicano sincero y un poco dinástico, enérgico y rudo en los mitins y sentimental ante una princesa rusa, aun cuando esta princesa sea la camarera de un hotel.

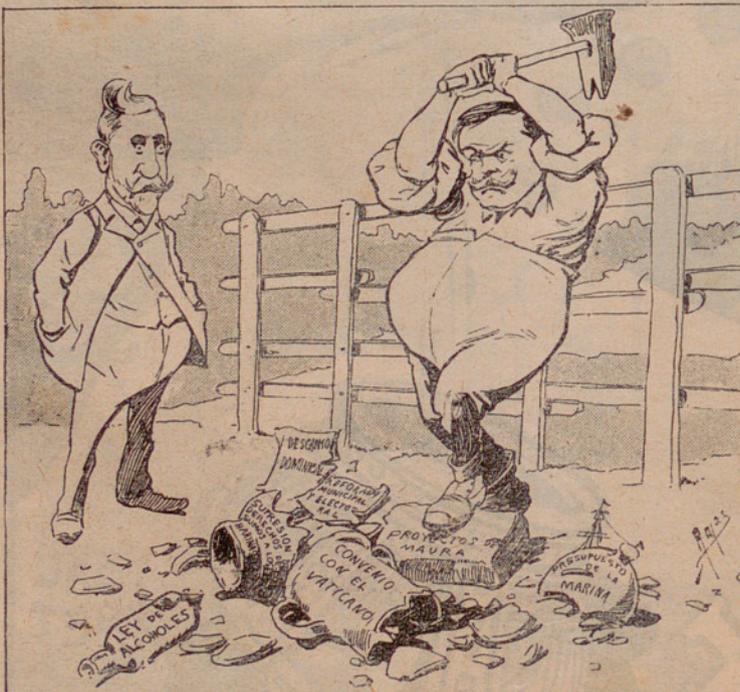
Jamás olvidaré sus ardientes protestas de amis-

dad y el fuerte apretón de manos con que me despidió en la frontera alemana, cuando decidí irme á Niza en vez de continuar mi viaje á San Petersburgo. Si he de decir la verdad, yo estaba harto de grandes duques y de mariscales de la nobleza de *ichinovniks* y *mujiks*, pues Morote no hacía más que repetir las cuatro voces slavas aprendidas en el Berlitz, y me hablaba en un francés fantástico que me pareció el infalible anuncio de una catástrofe filológica. Yo, que tengo una excepcional fantasía, preví desde aquel instante largos é

infundiosos telegramas enviados al periódico que ambos representábamos, y, además (lo digo con franqueza), no me hallaba dispuesto á secundar las miras de Vincenti y Gomez Carrillo, que emprendían el viaje para amenizar la existencia de los devotos de *Gedeon* y de *El Liberal*. Por otra parte, parecióme bien jugar una pasada á mi director, contra quien tenía antiguos agravios, y, hallando una coyuntura propicia, resolví aprovecharla. En Niza podía gastar mejor que en Rusia los quinientos rublos que la tacañería del administrador me ofreciera, y me fui á Niza. Allí, por lo menos, estaría al abrigo de las sandeces de Morote y de las *nagalas* de los cosacos.

En mi primer telegrama, que fué sensacional (aunque estaba fechado en la Tourville), hablé de la nieve roja despues de la matanza, de cosacos gigantescos y bestiales, del frío de 28° bajo cero, de una gran duquesa á quien había salvado la vida y de los presos enviados á Siberia. Recuerdo que describí la fábrica de Putiloff con el estilo chabacano y trivial de mi íntimo Morote. No me atreví aun

CORRELIGIONARIO CARIÑOSO



Villaverde á Maura.—Tú me la hiciste, tú me la pagas. Por lo demás... tan amigos.

á transmitir majaderías á lo Vincenti y agudezas de Gomez Carrillo. Despues, en un despacho particular, pedí al inflexible tirano de la administracion cincuenta rublos

Pero mi sorpresa fué enorme cuando tres dias más tarde recibí, no ya los cincuenta rublos pedidos, sino una pirámide de periódicos españoles enviados á un compatriota aposentado en mi hotel, y que llegaban á mi cuarto por un error explicable. Devoré aquellos papeles. Y observé con inquietud que los verdaderos corresponsales me habían aplastado. Morote viajaba con una princesa palatina que conocía los misterios de la corte rusa. Vincenti había tenido el honor de penetrar en Tsarskoie solo para estrechar la mano del autócrata. Y Gomez Carrillo, disfrazado de *gorodovoi* (guardia urbano), presenciaba todos los dias las atrocidades cometidas por la soldadesca. Los tres estaban muy al corriente de los planes nihilistas, y Morote alentaba eficazmente á los conjurados, prometiéndoles telegramas y cartas en su periódico. Me juzgué hundido para siempre. ¡Y la fortuna, esa indispensable amiga del *reporter*, no me sugería medio alguno de recobrar la honra irremisiblemente perdida!

Con la frente oculta entre las páginas de un *Heraldo*, escrito todo él por Morote desde la auténtica y santa Rusia, medité largo rato. De mi mente no brotaba una sola idea periodística. ¡Ah, si me hubiera sido dable conferenciar, entre sueños, con aquel canalla de Trepof, que había metido en la cárcel á todos los estudiantes del imperio! Pero Vincenti se había apoderado del general maldito, insertando una entrevista en la que probablemente no había mediado más interlocutor que Gomez Carrillo; y yo no tenía más remedio que matar, por telégrafo, á media docena de grandes duques y al déspota mismo.

La vida en Niza me era todavía agradable, merced al remanente de los quinientos rublos administrativos. Y ya que no podía tomar el pelo á los lectores de mi patria, quedábame el recurso, honroso y digno, de buscar en la *Promenade des Anglais* una moza de empuje á quien sedujesen mis guantes paja y mi aire melancólico de príncipe ruso desterrado por los revolucionarios.

Y pensado y hecho. Tal vez la suerte, noble musa de los periodistas, me inspirase una atrocidad, una resonante noticia de la sublevacion en masa del Cáucaso. Y tambien podía suceder que los nihilistas matasen de veras á un boyardo.

Con esta esperanza me eché á la calle y á la Promenade. De pronto creí que se hundía el firmamento y me pareció oír una detonacion formidable, como si una bomba del tamaño de la tierra hubiera estallado en el infinito. Allí, á diez pasos, en compañía de una soberbia moza, estaba mi genial Morote, á quien yo cándidamente creía en Moscou. Al salir de mi estupor, calculé que ella era la princesa palatina de las cartas.

Me acerqué á la pareja, en el preciso instante en que la muchacha profería una dulce frase. Pero era una frase netamente francesa. *Chéri, t'as encor de la braise?* Y como yo sé distinguir los acentos nacionales, adiviné que aquella princesa ideal era de Saint-Nazaire.

ALBENDARE.

LOS MESES



Caretas y disfraces hay en Febrero; pero el resto del año eso es constante. ¡Va de sabio vestido tanto ignorante, tanto ladron vestido de caballero!



AITA TETTAUEN

Lo que ocurrirá en Rusia como si gan las bombas

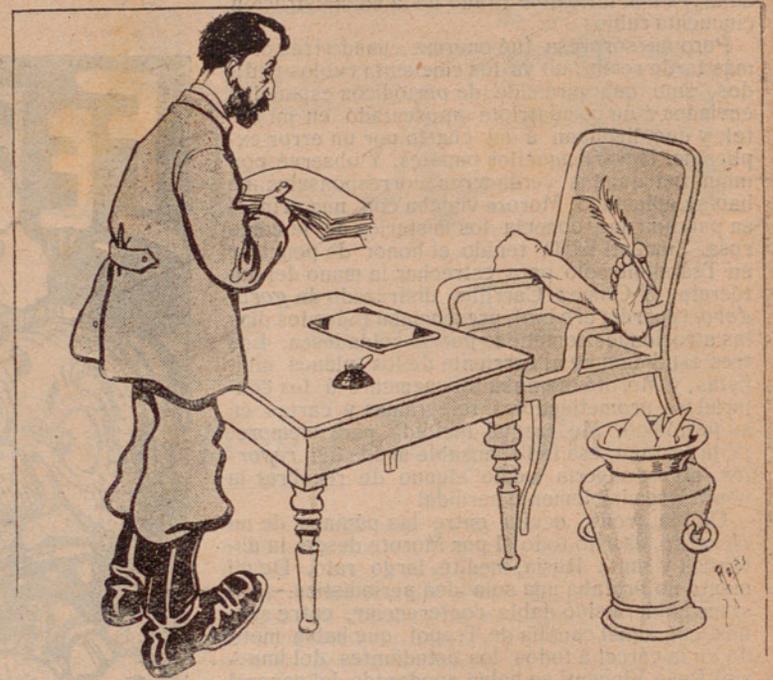
Acabo de leer el último «Episodio Nacional» del gran Don Benito, y pienso con pena en el mucho tiempo que habrá de transcurrir hasta que mi ánimo pueda volver a recrearse con otro libro de tan bella y amable lectura.

Yo quisiera que cada día llegase a mis manos uno de esos relatos encantadores que aún me hacen pasar la noche en vela, leyéndolos con aquel afán de los veinte años. Quiero confesarlo ingenuamente: las novelas extranjeras me deleitan mucho menos que las españolas. Tienen algo de exótico que amengua su intensidad; carecen, en general, de ese encanto adorable que esparcen como un perfume los libros evocadores de recuerdos y de cosas vistas. ¡Ese encanto sagrado de que están unidas las literaturas regionales para los que de niños aprendieron un dialecto!

Aita Tettauén es una narración de la guerra de Africa, tan llena de humor y de simpatía humana, que no es posible aquilatar su mérito y determinarlo con palabras. Del humor y de la simpatía ha de decirse aquello que los griegos decían de la gracia: Una condición altísima, que realza las cosas bellas y que no puede ser definida. De lo mejor del maestro son las páginas donde se narran los infantiles entusiasmos que sentía

por los soldados el niño enfermo. Aquella criatura pálida y mimada, acechando tras los cristales el paso de los batallones que van a la guerra, aun cuando solo aparece en la primera parte, queda tan viva en el recuerdo, que su sonrisa, a un mismo tiempo vivaz y melancólica, parece proyectarse sobre todo el libro.

Niños, como Vicentito Halconero, fueron entonces todos los españoles. La guerra de Africa puso

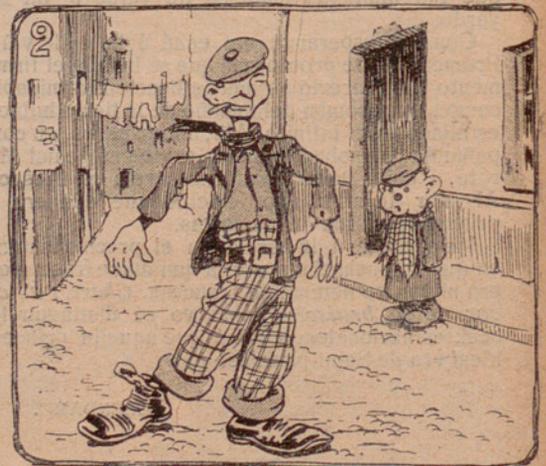


Un funcionario público llevando a la firma del ministro los asuntos de su negociado.

LA TALLA MILITAR



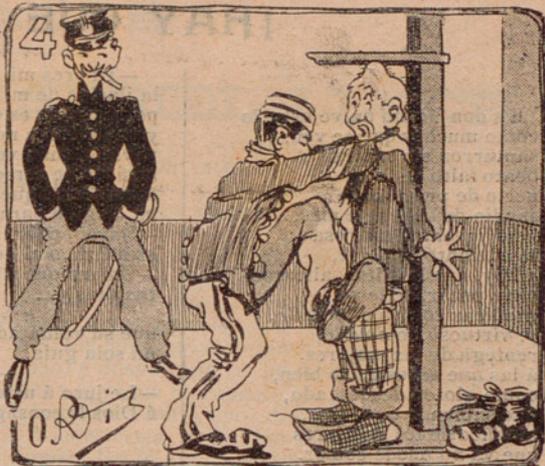
—Me falta centímetro y medio para llegar a la talla; pero, por si acaso, un paseito por la arena no me vendrá mal.



—Y en efecto. Me he vuelto a medir después del paseo y me faltan dos y medio. ¡Libre será, libre!



—¡Gran Dios! ¿Qué es esto? ¡¡Socorrooo!!



—¿Que no llegas? ¡Ya lo creo que llegas!
—¡Por vida del chichón!...

en las almas una llama de entusiasmo ingénuo y primitivo, como la inspiración del Romancero. Los soldados y los generales pelearon con igual valor, y con igual desconocimiento de la ciencia militar. Fué la guerra clásica de moros y cristianos, donde el profeta y el apóstol combaten en ayuda de sus fieles ejércitos, y se aparecen en sueños á los generales, descubriéndoles las asechanzas del enemigo y advirtiéndoles la sazón propicia para batallar.

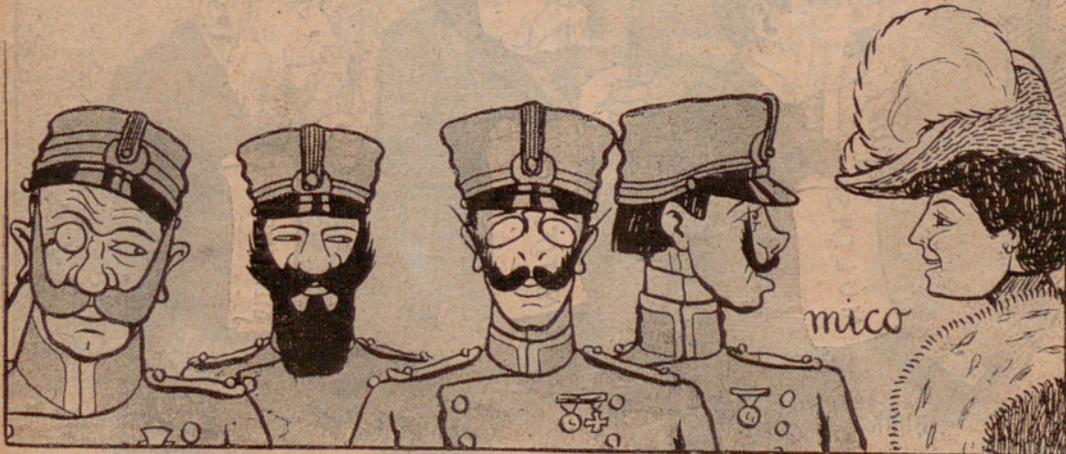
Aita Tettauen nos muestra á don Leopoldo O'Donnell muy hábil como político casero y muy mediano como general. Por egoísmos de partido nos llevó á una guerra de aventura, que solo ha servido para que perdiésemos nuestra preponderancia amistosa en Marruecos, única preponderancia posible para España

Leyendo este «Episodio Nacional» el alma se llena de tristeza ante el entusiasmo y la inconsciencia de un pueblo que se apresta á la guerra contra el moro por un despertar atávico de los grandes sentimientos medioevales: barbarie y fanatismo. Apenas considerar que un general ladino, más atento á los intereses de su partido que á los de la patria, nos llevase, cegados por una gloria estéril, á la conquista más estéril de la ciudad blanca que llaman los moros «Ojos de Manantiales».

Aita Tettauen, con sus batallas casi legendarias, donde los generales pelean como soldados y rompen por entre las huestes enemigas abrazados á la bandera que tremola al viento, nos lleva á una época que parece alejada de nosotros cientos de años.

RAMON DEL VALLE INCIAN.

El regreso de Berlin



—Con esos bigotes, ni su propia madre los va á conocer.

¡HAY QUE DISTINGUIR!

I.

Es don Bruno un vejestorio como muchos que se ven: santurron sin santidad, beato falto de fe, necio de pies á cabeza, sandio de cabeza á piés.

Su juventud azarosa le adelantó la vejez, y hoy, que le faltan alientos para pecar, se le ve predicar contra el pecado, y, virtuoso de *double*, reniega de las mujeres, á las que antes quiso bien, como gloton desdentado, que sabiendo que lo es, maldice de los manjares que ya no puede comer.

Además de bruto, terco, hipócrita y descortés, es padre de una muchacha que Eva se llama, y yo sé que no hay Adán que la vea sin decidirse á perder, si Eva pone en ello empeño, no digo yo un mundo, cien.

II.

Don Bruno quiere que Eva se vaya al cielo con él, y le dice con frecuencia que se inspire en su honradez.

—Hija mía—dijo un día—, ya que eres una mujer, quiero hablarte formalmente de tu salvacion, que es lo único que me preocupa, hace tiempo.

—Diga usted.

—Tú eres mi dicha, mi encanto, la ilusion de mi vejez; pero la vida es efímera y en la tierra no está el bien. ¡Ay! Satanás vela siempre, ansioso de corromper á las almas que el Altísimo ha elegido para El.

—Bueno, padre; ese sermón es idéntico al de ayer.

—Quiero que á Dios le consagres tus días y...

—Sabe usted que su voluntad es siempre mi sola guía.

—Así, pues...

—Le juro á usted que mis días á Dios le consagraré.

III.

Acabada la entrevista fué al jardín, donde Manuel (su novio, guapo y muy tuno) la esperaba. Ella le ve y se le acerca llorando como una chicuela; él la pregunta:

—¿Qué te ocurre,

mi cielo, mi luz, mi bien?
—¡Ay! Una horrible desgracia; que acabo de prometer consagrar á Dios mis días y ya no me verás...

—¿Qué?

¡Tontuela!

—¿Sí, nos veremos?

—Pues es natural, mujer. Aquí no quiero explicarme; pero esta noche, á las diez, subiré por la ventana de tu cuarto.

—¿Qué has de hacer?

—Explicarte la manera que he pensado para que consagres á Dios tus días sin perderme á mí.

—¡Si es posible lo que me dices qué dichosa voy á ser!
—¡Adios, pedazo de gloria!
—¡No te olvides!

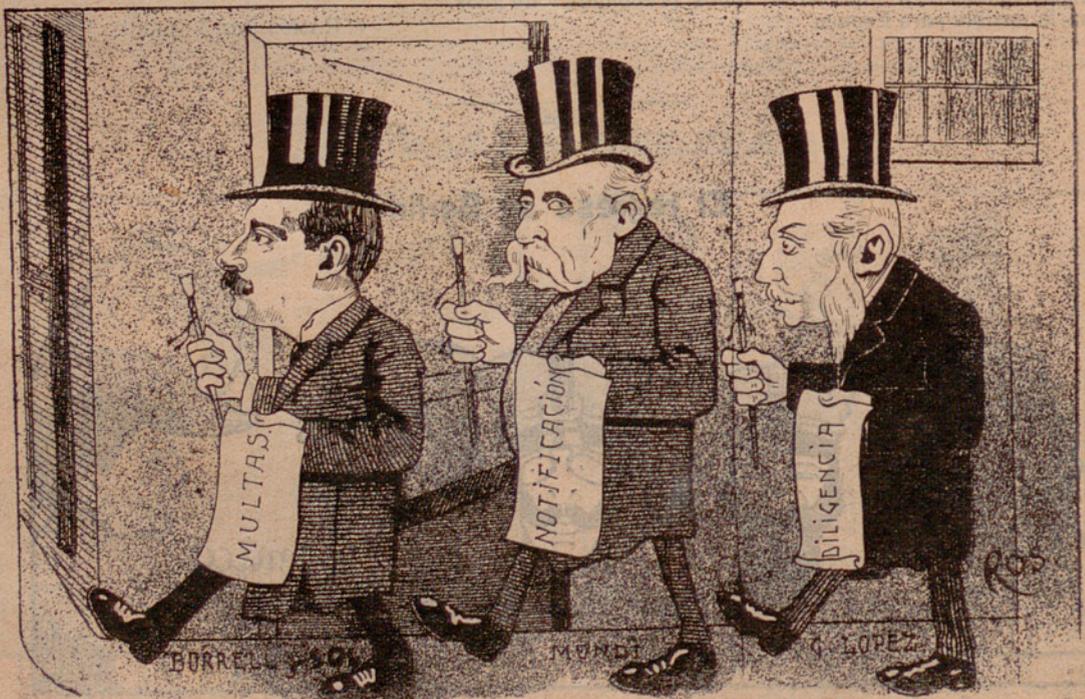
—¡A las diez!

A las diez cruzó una sombra el jardín, se oyó toser, se abrió luego una ventana, trepó resuelto el doncel, y enseguida se quedó todo en silencio otra vez.

IV.

Una hora hacía que estaba entretenido Manuel, cuando de pronto ¡Dios santo! se abren las puertas y ve entrar, pálido y nervioso, al fiero don Bruno, quien, despues de obligar al joven á recoger el chaquet, que, por razones que ignora, se había quitado, fué y agarró por la garganta á la niña y gritó: ¡Infiel, perversa, ingrata, perjura!... —¡Alto! ¿Perjura? ¿Por qué? Yo he ofrecido á Dios mis días, de esto me acuerdo muy bien; pero, padre, de mis noches no he dicho lo que he de hacer.

MIGUEL TOLEDANO.



—Si ahora es esta nuestra única mision, podemos proponer una reforma: supresion de aguaciles.

BOCETOS

LA VISION DE GABRIEL LLUCH

Aquella tarde le había ocurrido á Lluich lo de siempre. Llegó con retraso á la Alcaldía y las dos ponencias que había citado acababan de retirarse, cansadas de esperar.

Quedaban solo en la antesala dos recomendados de Henrich y un consumidor socio del Casino maurista que alegaba esta circunstancia para que se le eximiese de cumplir una suspension de 15 dias que le habían impuesto por una de las muchas cosas feas que á diario se cometen en los fiatos.

A los recomendados de Henrich los despachó con la promesa de colocarles y al *burot* correccionario debió indultarle á juzgar por la cara de Pascuas con que salió del despacho.

Quedó solo Lluich, y despues de lanzar una mirada amorosa á la vara, colocada sobre la mesa, mudo testigo de tantas calamidades, sacó de una carpeta abultada un cuaderno en cuya portada se leía: «Proyecto de reforma de Barcelona», y, apretando un timbre llamó al ordenanza:

—No deje entrar á nadie. Tengo que estudiar — le dijo.

Y apenas el portero se hubo retirado, y despues de revolverse en su sillón hasta encontrar postura agradable, comenzó á hojear el cuaderno.

Su imaginacion debía, sin embargo, volar por espacios bien distintos, porque varias veces interrumpió su labor para murmurar entre dientes:

—Esto se acaba... ¡Maldito Huelin!

Miró al techo. En sus manos conservaba todavía el cuaderno; pero poco á poco sus ojos se fueron cerrando. Repitió tres ó cuatro veces el nombre de Huelin y dió un sonoro ronquido.

El «Proyecto de reforma de Barcelona» se desprendió de sus manos y fué á caer junto á la escupidera.

El alcalde dormía.

Dormía y soñaba.

Soñó que las paredes del despacho se habían derrumbado y que se encontraba sentado en alto sitial en una sala inmensa de cuyos ámbitos, vistiendo trajes de diversas épocas, surgían extrañas figuras que se acercaban pausadamente al trono que ocupaba.

Cuando llegaron frente á él hincaron los misteriosos personajes sus rodillas en tierra y fueron á colocarse á los lados de su sillón, formándole brillante corte.

Entonces Lluich los fué reconociendo. Eran los catalanes ilustres cuyos retratos adornan las galerías de la Casa Consistorial, que habían resucitado. Y en legion abigarrada de sabios y guerreros, *concellers* y sacerdotes, escritores y navegantes, permanecían silenciosos y graves junto á Lluich, rindiéndole homenaje.

¿Qué significaba todo aquello? Don Gabriel quiso preguntarlo; pero la emocion le apagaba la voz.

De pronto un nuevo personaje apareció y sería y ceremoniosamente llegó hasta las gradas del trono.

Era el portero García, y trabajo le costó á Lluich reconocerle, pues había sustituido su antigua levita color de ala de mosca por una bordada casaca de gran chambelan de opereta y cubría su cabeza una empolvada peluca.

Quiso Lluich interrogarle; pero García no le dió tiempo:

—Señor, los embajadores desean ser recibidos—dijo.

Y, sin esperar contestacion, retiróse.

Entraron los diplomáticos, bajo cuyos uniformes multicolores creyó reconocer el deslumbrado alcalde á los cónsules que en otro tiempo habían sido los mejores tributarios de su bufete de abogado, y despues de un breve discurso del más anciano, que fué un rayo de luz para Lluich, pasaron á sumarse á los grupos de los cortesanos.

Lluich creía enloquecer de felicidad. Era rey, emperador, ó algo parecido, y sus dominios debían ser extensos á juzgar por el aparato que le rodeaba.

Pero ¿cómo había llegado á tan alto puesto? ¿Quién le había proclamado?

Sonaron los atabales y una banda lanzó al aire marciales acordes. Nuevamente apareció García:

—Señor, los ejércitos que os proclamaron desean arrodillarse ante su rey.

—Que pasen—balbuceó Lluich.

Desnudos los aceros y cantando himnos de victoria entraron en tropel confuso más de cien municipales vestidos de gala y al frente de ellos, esgrimiendo un sable descomunal, el comandante que había sublevado aquellas huestes para dar la corona á Lluich.

Radiante de júbilo don Gabriel se disponía á

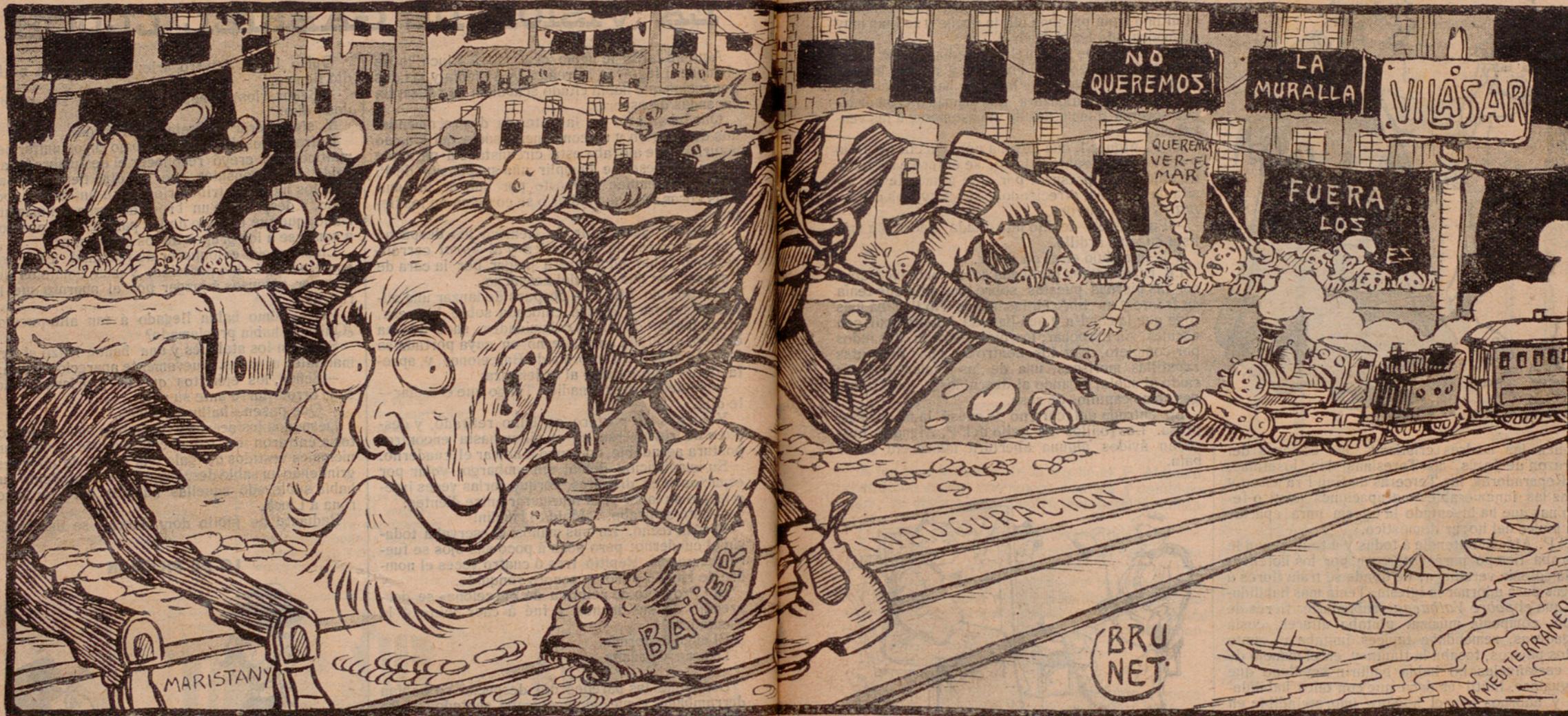
LO DE PICKMAN



—Conque se ha sobreseido la causa por la muerte de Pickman?

—¡Claro! Como que las paredes tenían muy buenos cimientos.

SILVELA CATALUÑA



Allá en el Ateneo perorabas
de ética y de moral
y á practicar tus tesis elevadas
vienes á Vilassar

protegiendo á soberbias Compañías,
vendido al capital.
Lo lamentable, Paco, es que has oído
silbidos nada más.

pronunciar un discurso, cuando notó que le tiraban por un brazo. Miró y no pudo menos que lanzar un grito de horror.

Era Huelin, que, sin respeto á su gerarquía, pugnaba por echarle del trono.

Lluch pidió auxilio; pero cortesanos, nobles, guerreros y embajadores no le hicieron caso.

Los municipales, lejos de acudir en su ayuda, parecían mofarse de sus apuros.

Llamó al comandante; pero fué inútil. Había huído al iniciarse la bronca.

Lluch se agarró con ambas manos al trono; pero le faltaba apoyo.

Huelin seguía tirando con fuerza irresistible. Huelin podía más. Lluch pugnaba desesperadamente; pero un nuevo tirón y...

El alcalde despertó de su sueño y vió junto á sí al portero que le tiraba del brazo.

—¿Qué ocurre? ¿No he dicho que me dejara solo?

—Es que ahí fuera hay un individuo que quiere verle y me ha dado esta tarjeta—contestó el portero.

Lluch se restregó los ojos y miró la cartulina. Era un nuevo recomendado de Henrich, y el alcalde, despues de pasarse repitidas veces una mano por la frente, como si quisiera ahuyentar el recuerdo de la terrible pesadilla, lanzó un suspiro y dijo:

—¡Que pasé!

TRIECOLET.

LA RED DEL AMOR

•Y quien tener buen crédito procura,
Segun dice Caton, jamás lo cobra
Si lo pierde una vez por desventura.
(Leonardo de Argensola.)

I.

Muy próximo á Madrid está el pueblecillo de Pozuelo, donde todos los estíos se refugia una numerosa colonia veraniega en los innumerables hotelitos construidos en las afueras del pueblo.

Los curas codician mucho el regentar la parroquia de Pozuelo, por estar á dos pasos de Madrid y por las amistades y relaciones que adquieren durante el verano.

En la época á que se refiere este relato era parroco de Pozuelo don Ignacio Alguacil, toledano, chato, picado de viruelas, pero más enamorado que alumno de academia militar, y el cual, como dicen en *La reina mora*, debía tener alguna buena cualidad oculta, porque lo cierto es que gozaba con las mujeres de una suerte loca.

Siempre andaba entre faldas y enaguas; unas veces preparando niñas para la primera comunión, á las que manoseaba el rostro con sus dedazos de campesino; otras ensayando coros con las hijas de María. La casa parecía un gallinero; por todas partes se oían gritos y risas femeniles, y allí se



reunían las madres cristianas, las esclavas del Corazón de Jesús, las Teresinas, las Josefinas, las Reparadoras, las Terceras de San Francisco y todas las innumerables agrupaciones místico-femeninas que ha inventado la Iglesia para apartar á la mujer del hogar doméstico.

El P. Alguacil atendía á todas y á todo y aún le sobraba tiempo para cotorrear por los hotelitos de la colonia veraniega, de donde se traía flores á cargas para adornar la iglesia. Tenía más habilidades que el pobre *Valbuena*: sabía hacer flores de trapo, componía música, pintaba altares, cosía colgaduras, remendaba tapices, imitaba el canto de los pájaros, tocaba la flauta y en el manejo de las castañuelas no había bailarín sevillano que le igualase. Inútil es decir que con tales habilidades y adornos era el hombre imprescindible en reuniones y tertulias.

II.

Aquella rubia que hacía cuatro días se había instalado en el hotel 8 de la manzana B era la comidilla de todas las conversaciones por su desen-



voltura y desparpajo. Cabalgaba como un cosaco, atropellaba en la carretera con su bicicleta á las gallinas y recibía muchas visitas, siempre de hombres, muy jóvenes por lo regular, que venían en el último tren, pasaban allí la noche y se iban muy de madrugada hacia Madrid.

Los vecinos de los hoteles inmediatos oían risas, cantos, taponazos de botellas y alegre música francesa; en el jardín de la rubia había mucha iluminación y gran algazara. Las mamás dieron órdenes severas á las niñas de no asomarse á las ventanas.

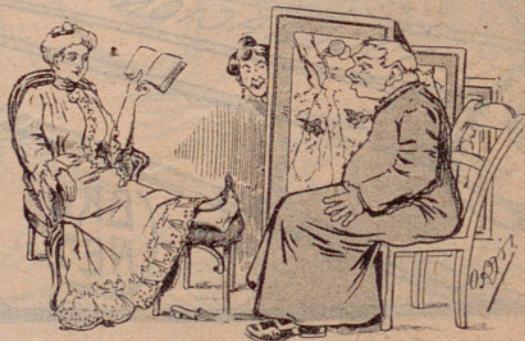
El P. Alguacil, que llevaba nota exacta del flujo y reflujo del veraniego local, se enteró enseguida de todo, y se apresuró, por oler, á hacerle una visita de cortesía, ofreciéndole sus servicios *espirituales* como párroco.

—Pase usted—le dijo una criada madrileña más lista que una ardilla.

Y le introdujo en el comedor.

La rubia estaba reclinada sobre una mecedora con las piernas puestas sobre una silla que tenía en frente y un libro en las manos. No llevaba más ropa que la camisa y una bata de batista azul con encajes, sin abrochar; los pies estaban desnudos por completo, metidos dentro de unas diminutas zapatillas moriscas, una de las cuales se había caído al suelo, dejando al descubierto unas falanges como capullos de rosa.

La entrada del cura no le causó la menor sorpresa. Los *tojillos* de gallo del P. Alguacil buscaban ávidos alguna abertura indiscreta de la bata.



—Señora.

—¿Usted es el párroco? He oído hablar mucho de usted y deseaba conocerle... Tiene usted aquí muchas simpatías.

—Es favor. Se hace lo que se puede.

El P. Alguacil, charlatan empedernido, estaba cortado y no sabía qué decir.

Se hablaron tres ó cuatro generalidades insustanciales. Hubo una larga pausa de silencio. La rubia se revolvió en su mecedora; el libro, que había dejado sobre su seno al entrar el cura, cayóse al suelo. El P. Alguacil, que era galante, se apresuró á recogerlo; pero la rubia fué más rápida y lo hizo ella misma, no sin que los pliegues de su bata sufrieran un trastorno, trastorno feliz que permitió al P. Alguacil ver la camisa más coquetona que contempló ojo varonil y algo de una pierna desnuda que le causó vértigo.

—¿Seremos amigos?—le dijo la rubia con zalamería al despedirle.

—¡Ya lo creo!

—¿Vendrá usted á verme?

—¡Todos los días!

III.

Y así fué.

El hotel 8 de la manzana B fué desde entonces el refugio continuo del cura.

Pasaron días y algunas semanas.

El P. Alguacil había perdido por completo la cabeza; sus conversaciones con la rubia echaban lumbré; la colonia pia y burguesa de Pozuelo estaba escandalizada.

El buen cura había pedido, suplicado, y la gentil rubia, emocionada, al parecer, había otorgado un premio á su adorador extático.

—Ven mañana á las doce de la noche; pero no aparezcas por aquí durante el día. Así no sospecharán.

El P. Alguacil estaba loco.

La rubia y su criada apenas se quedaban solas reventaban de risa.

A las dos la criada fué á la estacion y puso un telegrama que decía: «Mañana á las siete. No falteis.»

Al día siguiente, al oscurecer, tres jóvenes, uno de los cuales llevaba uniforme de militar, entraban en el hotel de la rubia por la puerta trasera.

—¿A qué hora vendrá tu galan?

—Á las doce.

—Ya le arreglaremos.

—No le hagais daño.

—¡Ca! solo un pequeño susto.

IV.

A las once y media de la noche el P. Alguacil, vestido de seglar, con mucha cautela y dando rodeos, se acercó á la puerta del hotel 8, manzana B.

Dió un discreto golpe con los nudillos.

La puerta se abrió, y la mano de la criadita madrileña agarró la suya, que ardía.

A oscuras y dando tropezones le condujo á la alcoba de la rubia, donde á la discreta y ténue claridad de una lámpara cubierta de gasas azules vió dibujarse bajo las cubiertas del lecho el contorno de un cuerpo gentil.

La criada le dijo al oído:

—Desnúdese...

En un segundo el P. Alguacil quedó desembarazado de su disfraz y corrió anhelante hasta el lecho:

—¿Duermes, hija mía?...

Nadie contestó.

Levantó el embozo y se quedó helado: la rubia se había convertido en un oficial de caballería. Al mismo tiempo unas manos vigorosas le sujetaron por detrás y otras le ataron un pañuelo á la boca. Le levantaron como una pluma, salieron de la

casa, atravesaron el jardín y le ataron fuertemente á la verja. El cura forcejeó como un loco para deshacerse de sus ligaduras: fué inútil

Al amanecer, cuando los veraneantes madrugadores salieron á tomar el fresco matinal, se encontraron con aquel raro espectáculo. A la media hora todo el pueblo estaba frente á aquella verja, reventando de risa, ante la facha grotesca que hacía su párroco amarrado como un perro y en calzoncillos.

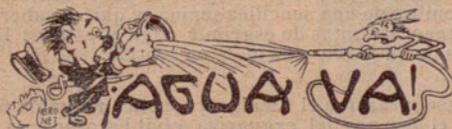


El cabo de la guardia civil cortó las cuerdas y, tapándole con un capote, le llevó á su casa.

A los cuatro días de este lance el obispo destituyó al P. Alguacil de su parroquia.

El buen cura quedó desacreditado para siempre y experimentó bien á pesar suyo cuán peligrosas son las redes del amor.

FRAY GERUNDIO.



El número anterior del ILUSTRADO ha sido denunciado, por las autoridades recogido y... mucho más que los demás leído. ¡Qué susto hemos pasado! Como prohíben las leyes decir al pueblo "cómo son los reyes," la autoridad maneja la palmeta

y nos atiza un susto regular y... se llega á vender el ejemplar de EL DILUVIO ILUSTRADO hasta á peseta.

No sé que tenga ganas nadie jamás de que le den disgustos; mas si esas consecuencias traen los sustos que nos denuncien todas las semanas.

El bello Carlos tomó tan á pecho lo de la denuncia de EL DILUVIO ILUSTRADO, que á las seis de la mañana del sábado ya funcionaba el teléfono entre el Gobierno y la Central de Correos y se daban tales órdenes á los alcaldes de los pueblos, que ha habido casos tan notables como el de Vilafranca del Panadés.

De allí se nos ha dicho que el alguacil fué reco-

Cómo toman el sol



LOS QUE COMEN.

riendo las casas de nuestros suscritores, apoderándose con engaño de los ejemplares del ILUSTRADO.

Es natural.

Se dice que por aquella población ha hecho Carlitos algunas excursiones *cinégeticas*, y quizás pudieran escamarse los conejos de Vilafranca y escapar si González reincidiera alguna vez en sus excursiones por allá.

¿Quién sabe si lo que se querría perseguir era aquello del gobernador de Metropópolis?

¡Qué batalladora, qué furiosa está todos estos días *La Publicidad*! ¡Pobres de nosotros! ¿Qué nos va á pasar si sigue tan brava *La Publicidad*? Todos los resortes se empeña en tocar para destrozarnos *La Publicidad*. Quiere á *Fray Gerundio* desacreditar, y para lograrlo *La Publicidad* con igual pseudónimo obliga á firmar artículos ñoños. ¡Qué... *Publicidad*! Como de Montjuich la horrible crueldad combatimos rudos, *La Publicidad* hace á Corominas se arriesgue á nombrar cabo al gran Estorqui. Y es lo que dirá: —¡Que rabie EL DILUVIO, que ese es nuestro afán!

Los que leen á diario *La Publicidad* murmuran y chillan; rabiosos están porque aquí ha empezado á colaborar Lerroux, sin pedirle al jefe local (!) permiso para ello. ¡Qué... *Publicidad*! ¡Ah! Pero lo grave, lo terrible está en que no nos nombra *La Publicidad*. Así propaganda nos quiere quitar. ¡Señores, qué horrible castigo nos da! En cambio, nosotros su nombre inmortal hemos de citar lo mil veces ó más, y ojalá lo lean todos con afán, porque de ese modo podrán admirar las mil tonterías que allí encontrarán y se habrá hecho un nom- *La Publicidad*. [bre

por si hay ó si no hay, para que el homenaje preparado esté justificado, méritos reales en Echegaray.

Y el renombrado autor de dramones sangrientos, en que los muertos cuentanse por cientos y en que fallece hasta el apuntador, aunque ve el homenaje discutido, no ha renunciado á él, haciendo el mal papel de un canero por trampas elegido, que pone á los amigos en un brete para que le organicen un banquete. ¡Bah! Pues si es que él lo quiere dadle el gustazo al pensador profundo por si sin otro muere...
* Un homenaje más ¿qué importa al mundo?

Desahogo parlamentario.

Señores de *La Publicidad*: Cuando una noticia es inexacta se rectifica, sencillamente por exigirlo así la dialéctica, esa ciencia que, juntamente con la geografía, dirige los humanos raciocinios y enseña el conocimiento del mundo habitado.

Si empiezan ustedes por meterse en dialogismos y se lo dan todo hecho al lector, tendrán razon siempre y en todas sus polémicas lograrán un honroso triunfo. Pero yo, aunque empleo el estilo oratorio, soy hombre de una sencillez supina, y quiero saber á qué atenerme antes de esgrimir contra ustedes las armas de mi razon y de mi buen sentido.

Al asegurar que el alcalde republicano había firmado el ascenso del exguardia civil Estorqui no di á entender que se hubiera cometido un crimen irreparable. Ya sé que ciertos republicanos tienen por cosa baladí este asunto de Montjuich y que lo utilizan tan solo como un formidable señuelo en el período de caza electoral. Yo quería saber únicamente si el señor Corominas ha concedido ó no un galardón al señor Estorqui. Y, en caso afirmativo, me gustará saber, por pura curiosidad, si ese celebrado alcalde

La gente literaria madrileña anda hace algunos días á la greña

Cómo toman el sol



LOS QUE PRODUCEN.

sustituto conocía ó no al exguardia civil, no menos celebrado.

La Publicidad supone que don Eusebio Corominas no conocía á Estorqui, y á renglón seguido trata al ex-guardia con desprecio notorio. Este desprecio, despues del nombramiento, me parece altamente jocoso. Ya quisiera yo que me nombrasen capellan de monjas y que luego hablasen de mí con deslén manifiesto. No por este motivo las monjas me amarían menos.

Porque lo chusco, lo divinamente gracioso de este caso singular, ocurrido bajo la dominación de Junoy, el Voltaire negro, lo más peregrino de este acontecimiento, único en su clase, es que, según *La Publicidad*, el alcalde democrático firmó el ascenso por olvido y por no saber lo que hacía. ¡Ah, señores de *La Publicidad*, si don Eusebio no sabe lo que hace debe seguir perpétuamente al frente del Consistorio! Si él es tan ligero, otros resultan pesados. Tengo la seguridad de que Moles sabe perfectamente lo que hace. Yo lo sé tambien, pero no me atrevo á decirlo.

Y para terminar con este asunto, ¿no hubiera sido más lógico decir de una vez lo que ha ocurrido? Si Estorqui ascendió, la cosa ya no tiene remedio. Solo puede pedirse mayor discrecion en lo sucesivo á este don Eusebio, que no sabe lo que firma y que es únicamente admirable cuando discurre de Geografía.

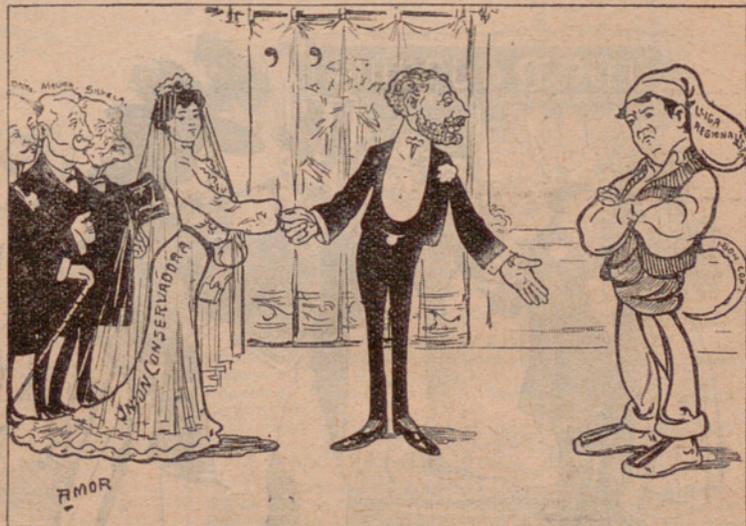
Ya tenemos á doña Emilia Pardo Bazan hecha *socia* del Ateneo de Madrid.

Mucha gente se ha extrañado del caso. Nosotros no, pues en aquella docta casa ya había antes varias mujeres, que pasaban inadvertidas por ir disfrazadas de hombres.

El periódico *España* ha publicado ya la protesta de los *intelectuales* contra los homenajes proyectados en honor de Echegaray. Solo firman la protesta escritores madrileños, porque los de *provincias* no son considerados como seres con *inteligencia*.

Y es natural, tratándose de intelectuales la Gramática tenía que ser fusilada.

Y emplean el verbo *abrogar* por *arrogar*.



Rothwos.—Decidase pronto, *noy*.
Catalanista.—*Ab dcna* forastera y amiga de S. E.... no me conviene.

Lo cual es un solemne disparate.
Y una intelectualidad de marca mayor.

Telegrafian de Petersburgo que dos monjas que iban en coche, de acuerdo con los revolucionarios, interceptaron el paso del carruaje del gran duque para dar lugar á que le tirasen la bomba.

Es la única variedad monástica que no conocíamos: *monjas dinamiteras.*

Lo primero que se le ha ocurrido á García Alix apenas llegado al ministerio de Hacienda es comprar cañones modernos.

Y ahora resulta que el presidente del Consejo, señor Villaverde, es abogado en España de la casa Krupp.

Esto se llama hacer las cosas con *disimulo.*

Se comenta el hecho de haberse prometido una cruz ó una banda de María Cristina al juez municipal que, estando encargado del Juzgado de instruccion, entendi6 en la causa de los petardos.

Tan alta recompensa, reservada al mérito, está muy en su lugar, pues el tal juez, procediendo con sinceridad absoluta, no ha descubierto nada.

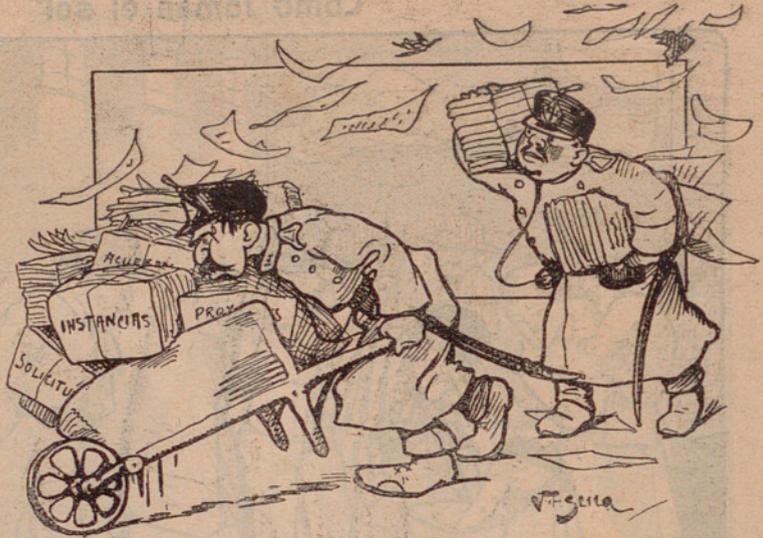
Y hasta ahora sólo se había premiado á los magistrados y polizontes que averiguaban lo que no había sucedido.

Y dice Spè en *El Liberal*:

“La del
linfático es carnosa fría húmeda
sanguíneo es dura caliente húmeda
nervioso es delgada blanda fría seca
bilioso es delgada dura caliente seca.”

Es un cuadro muy bonito que lo mismo puede aplicarse á la mano, como lo hace Spè, que á cualquier otra cosa que interesara al Comité de Defensa Social.

A CASA DEL ALCALDE



Llevando la firma.

Lo indudable es que de todos modos caería dentro de los dominios de S. M. la Memez.

Hé aquí un telegrama que parece imaginado por Morote:

“Contra la Prensa.

Con motivo de haberse publicado en *La Publicidad* y *EL DILUVIO*, firmados por diputados á Cortes, artículos que han sufrido la denuncia del fiscal de S. M., en un importante Centro se ha dicho que de continuar la campaña emprendida contra las instituciones por dichos periódicos, éstos serán suspendidos gubernativamente.”

Eso lo ha publicado el *Heraldo*, sin advertir que el Centro importante á que se alude en el despacho es la mollera de su corresponsal barcelonés, distinguido inventor de infundios. Si se tratara de un suceso verídico, el corresponsal lo hubiera teleografiado con un mes de retraso.

Con motivo de la muerte del gran duque Sergio:

“En el sitio en que se produjo la explosion será erigida una cruz de hierro sobre base de piedra y coronada por un icono.”
“El papa ha dirigido al zar un largo telegrama en que le da el pésame por la muerte de su tío el gran duque Sergio.”
Todo eso es muy natural.

Un colega local refería dias atrás que el Municipio de París cuenta con una fábrica portentosa que produce de 25 á 80,000 tarugos por dia.

¡Que ya son tarugos!
¿Se apuestan ustedes algo á que entre los proyectos que la nueva Comision presentará á la aprobacion del Consistorio figura el relativo á la construccion de una fábrica parecida á la de París?

Y lo que es por ahora, maldita la falta que hace...

Sin embargo, si nombraran á Buxó de la ponencia, podíamos consolarnos...

Porque es perito en la materia. Como quedó demostrado en lo del paseo de Colon...

EL FINAL DE UNA PANTOMIMA



Ultima escena de *La explotacion de memos.*

El infeliz obrero Ramon Pitchot, que se ha pasado la mitad de la vida en la cárcel por antojos de la justicia y nunca por deshonroso motivo, fué á pedirle un modestísimo empleo al señor Corominas. Y, como era de prever, esta peticion fué gallardamente rechazada.

Amigo, aquí no hay más fortuna segura que llamarse Estorquí. Y haberse metido, como Estorquí, en un calabozo, aunque no para morar allí, sino para otra cosa.

Para hacer diputados á ciertos campeones democráticos.

La *Lectura Dominical*, el periódico que publican los jesuitas en Madrid, dice:

“Fuera de los verdaderamente tradicionalistas, es decir, de los que aman y comprenden á la España católica y caballeresca de otros siglos, el *Quijote* no encuentra hoy admiradores sinceros, aunque muchos, por seguir la corriente, se digan sus entusiastas y devotos...”

Tiene muchísima gracia.

¿Si será verdaderamente tradicionalista Cavia, iniciador del Centenario del *Quijote*? ¿Si lo serán los intelectuales ingleses que ya lo han celebrado, seguramente con más entusiasmo y más sentido comun que se celebrará en nuestra católica España?

No he visto jamás hipocresía semejante.

¿Los jesuitas admiradores del *Quijote*?

¿Tendría que ver lo que dirían nuestros grandes hipócritas si se publicara hoy nuevamente el *Quijote*, con sus escenas realistas entre Sancho y la criada del meson, con su lenguaje desnudo y claro!

No quedaría un sólo obispo que no pidiera á los jueces el procesamiento del autor.

Por miedo, seguramente, nuestro Comité de Defensa Social no ha pedido ya que sea recogido el *Quijote*...

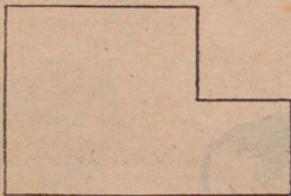
QUEBRADEROS DE CABEZA

ANAGRAMA

GRUESA

Estas seis letras, lector, las puede usted barajar y mezclar á su sabor.
¿Que si me quiero explicar con claridad? ¡Sí, señor!
No se trata de dinero, sino de dar con el nombre que en el diccionario entero no ha encontrado compañero para aterrar más al hombre. Y no hay más explicacion, pues si no das con la pista, lector, eres un melon, porque no puede á la vista estar más la solucion.

EL CUADRADO



Córtense dos pedazos de esta figura y colóquense de manera que el conjunto forme un cuadrado perfecto.

FUGA DE VOGALES

¿P.r. c..nd. s.n.l.s.r.y.s.
m.r.n. m.s.q.. m.r.n.
p.r. c..nd. s.n.l.s.r.y.s.
m.s.q.. p.r. c..nd. tr..n.?

JEROGLÍFICO

(De Francisco Masjuan Prats)



PROBLEMA

(De Marcelino Terradas.)

Dos ganaderos tenían cierto número de toros, y queriendo formar ambos Sociedad tuvieron que contar las reses pertenecientes á cada uno. Pero sabiendo el primero cuántas tenía él y cuántas poseía el otro, le dijo:

—Si tú me das uno de tus toros yo tendré el doble que tú; en cambio, si yo te diese uno de los míos tú tendrías igual que yo.

¿Cuántos toros tenía cada ganadero?

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

Á LAS CHARADAS

Francisco.

Pez.

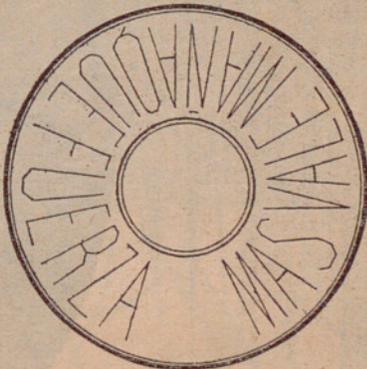
Á “LAS CERILLAS EN CRUZ,”

Póngase la cerilla 1 atravesada en la 4; la 2 en la 5; la 3 en la 6; la 12 en la 9; la 11 en la 8 y la 10 en la 7.

AL CUADRADO

R A M O
A M O R
M O R A
O R A N

AL ROMPECABEZAS.



Á LOS JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

Desciende desde el escaño.

Ese es escocés.

Á LA FRASE HECHA

Coger los trastos

Han enviado soluciones.—A «Las cerillas en cruz»: Francisco Masjuan Prats, A. Torres, M. B. y «Un vecino de San Andrés».

Al cuadrado: Elisa Rius, Francisco Masjuan Prats, «Dos estudiantes, José Fitó y «Un aspirante á mestre».

A la segunda charada: José Fitó.

A los aficionados á quebraderos de cabeza advertimos que para dar cuenta de las soluciones que se nos remitan hemos de recibir las, á lo más tardar, los jueves á medio día.

Imp. de EL PRINCIPADO, Escudillers Blancs, 3 bis, bajo

LA CAMPAÑA ELECTORAL



¿Quién es este señor? Salta á la vista:

un perfecto elector catalanista.